

# La página viva Montaigne y el amigo

José de la Colina



Michel de Montaigne

En la amistad de la que hablo, las almas se enlazan y unen una con otra por modo tan íntimo que se borra hasta hacerse indistinguible la línea de unión. Si se me preguntara por qué yo quería a Étienne de la Boétie, tan sólo respondería: “Porque él era él, porque yo era yo”. Más allá de mi facultad de razonar y de lo que pueda decir, existe no sé qué fuerza inexplicable y fatal que quiso que esta unión ocurriera. Antes de habernos visto, él y yo nos buscábamos, y lo que oíamos uno del otro causaba en nuestras almas mucha mayor impresión de la que puede darse entre almas ordinarias, y esto habrá ocurrido así por mandato de los cielos. En nuestro primer encuentro, que tuvo lugar casualmente en una gran fiesta de la ciudad, quedamos tan mutuamente atraídos, nos reconocimos tanto, nos sentimos tan obligados uno hacia el otro, que ninguna otra cosa podría habernos relacionado tan de cerca. Escribió él una excelente sátira latina, que ya está impresa, en la cual explica cómo nuestra amistad llegó tan pronto a la perfección. Puesto que duró tan poco su vida y comenzó tan tarde nuestra relación (pues al iniciarse éramos ya hombres hechos, y él era unos años mayor), no teníamos tiempo

que malgastar, ni necesitábamos ajustarnos al modo de la amistad convencional y común, en la cual se requieren precauciones, preámbulos y diálogo. Nuestra amistad no necesitaba de nada exterior, no se relacionaba sino consigo misma, no tenía en cuenta tal o cual consideración ajena, ni tres, o cuatro, o mil opiniones. Fue como la quintaesencia de muchas cosas reunidas, y, apoderándose de mi voluntad, la fundió en la suya con una espontaneidad y una llama que las hacía iguales. Nuestros espíritus se entendían, y nunca nos ocultamos nada ni separamos lo propio de uno y lo propio del otro.

Michel de Montaigne, *Essais (Ensayos)*.

Capítulo XXVII, “De la amistad”.

(Versión de J. de la C.)

\*\*\*

Fue en un día de 1558, cuando dos de los magistrados más jóvenes del Parlamento de Burdeos: Michel Eyquen de Montaigne, de veinticuatro años y futuro autor de los *Ensayos*, y Étienne de La Boétie, de veintiocho años y futuro autor del *Discurso de la servidumbre voluntaria*, se conocieron en una conmemoración de la ciudad e iniciaron una amistad a la que años después Montaigne honraría en una de las más célebres y más íntimas páginas del libro con el que establecía la escritura ensayística como género: una reflexión del mundo desde un pensar y sentir personales (“Yo mismo soy la materia de mi libro”). Amistad presentada como ejemplo y modelo de “una relación que alimentamos hasta que Dios quiso, tan perfecta que (...) fue el entendimiento de dos almas que se mezclan en tal unión que es imposible notar la línea de costura que las

junta”. Y al apuntar minuciosamente el tiempo de la vida de La Boétie: treinta y dos años, nueve meses y diecisiete días (de modo que sólo le habría faltado registrar además el número de latidos y pestaños), Montaigne adoptaba un tono que parece el del amante más que el del camarada: “Cuando comparo todo el resto de mi vida con los cuatro años en los que disfruté de su tierna compañía, advierto que ya no me queda sino una noche tediosa y oscura”.

Durante ocho años después de la muerte del amigo, Montaigne se ocuparía en reunir, revisar y editar gran parte de la obra de aquél, incluyendo los versos en latín y en francés, los elegantes sonetos, las traducciones de Jenofonte y Plutarco, y excluyendo el *Discurso de la servidumbre voluntaria*, “o Contra Uno”. Esa exclusión habrá sido precautoria, pues el escrito de La Boétie, bajo su apariencia de ejercicio o *capriccio* literario, resulta precursor de la desobediencia civil y la resistencia pacífica, y poco le faltaría para ser un manifiesto anarquista.<sup>1</sup>

Si hay en los *Ensayos* no pocas páginas en las que Montaigne entreaire una intimidad que no desdeña ni la anécdota, ni la cita erudita, ni desde el pequeño detalle más cotidiano hasta la crónica a veces minuciosa de los hábitos y las opiniones y los “movimientos del alma” del autor —todo eso, en fin, que hace a Montaigne tan adelantado—, ninguna otra página nos resulta tan emotiva, tan casi impúdica, como ésta en la cual, con una frase que parece de cantado bolero, declara una pasión que tal vez era más que amistad: “Porque él era él, porque yo era yo”. ■

<sup>1</sup> En “La página viva” del número 39 de marzo de 2011 de esta revista, comenté un fragmento del *Discours de la servitude volontaire*.